

## VULNERABILIDAD Y ENRAIZAMIENTO EN TIEMPOS DEL COVID-19

### Introducción:

Fue durante el período de entreguerras el escenario terrorífico en el que S. Freud <sup>1</sup> clasificaría en “El Malestar de la Cultura” las causas posibles del malestar y sufrimiento en el hombre: por un lado, la agresividad originada por la naturaleza y el mundo exterior, en segundo lugar, los problemas derivados de nuestro propio cuerpo y, en tercer lugar, por el hombre mismo en sus relaciones intersubjetivas. Ya estaba sin duda Freud planteando tres frentes de irremediable presencia, allende los tiempos y deslocalizados de cualquier espacio. Tres fuentes posibles de dolor y sufrimiento que describirían y describen irremediabilmente el sino antropológico de lo humano. Coherente con el periodo de entreguerras, Freud enfatizará el mal provocado por el propio hombre hacia los miembros de su propia especie, como el mal intraespecífico más cruel y eficaz. No en vano, Freud será uno de los intelectuales, no sin razón, críticos con la visión bondadosa y optimista del hombre. Ahora nos encontramos en otro escenario, no vivimos en estos momentos en una situación de destrucción del hombre contra el hombre. Amenazados por un virus, deseamos unir las fuerzas de la investigación científica para acabar con el agente extraño que coloniza nuestro cuerpo. La fragilidad humana se abre de brazos en plegaria clamando piedad, ante una pandemia que algunos ya fueron capaces de predecir tiempo atrás, debido a los desequilibrios en los ecosistemas producidos por el hombre <sup>2</sup>.

Finales del invierno de 2020: un elemento de la naturaleza no considerado ni tan siquiera como ser vivo, comienza a hacer estragos a nivel mundial. La sorpresa ha sido mayúscula, hasta el punto de zarandear nuestra "pachorra occidental" haciéndonos caer en la cuenta de muchas cosas, situándonos ante circunstancias que parecían no ir con nosotros los occidentales. Y ahora, ahora vemos con una transparencia inaudita los puntos débiles y fuertes de nuestros modos de vida.

Pero está en nuestras manos alimentar otras formas de convivencia más acordes con una visión comunitaria y cercana a la naturaleza.

Observo tres fragilidades evidenciadas en estos “tiempos del *Covid-19*”: a) la concentración desmesurada de población en las ciudades y la pérdida de los trabajos “alejados de la tierra”, b) la falta de enriquecimiento espiritual del hombre y, c) la desconexión de las relaciones comunitarias. Son estos los tres puntos que pasaré a desarrollar:

A) ¿Qué modelo de vida llevamos en las grandes ciudades y qué aperturas de posibilidad se nos abren tras la experiencia del *Covid-19*? Creo que es indudable que los contagios más fulminantes están atacando con mayor eficacia en aquellas poblaciones donde la masa ingente de habitantes se concentra.

1.- (Freud 1992:77-79)

2.- “La ecuación del desastre tiene distintas variables. Una es la degradación de los ecosistemas, que cumplen esta función. Otra es la globalización [...]”. Fernando Valladares, ecólogo del CSIC, entrevista en “La Voz de Galicia”, 8/07/2020.

Las consecuencias que se vislumbran tras el Coronavirus en las grandes ciudades son tremendas y desvelan la vulnerabilidad para millones de habitantes, debido a que en estas zonas el confinamiento está siendo más duro de soportar y más difícil “mantener la normalidad”.

Ya nos parece algo de lo más natural que en una gran ciudad no haya sino cemento y más cemento. Y aumenta año tras año el número de habitantes y construcciones masivas para dar cabida a tantísima población. Las zonas ajardinadas, que sin duda son fundamentales en una ciudad, son en muchos casos elementos nacidos para la ciudad y no naturaleza en sí misma protectora del paseo, los animales y la contemplación. En este escrito queremos reivindicar otro tipo de relación con la Naturaleza, acorde con el desarrollo del sector primario en nuestro país, pues sus consecuencias positivas evitarían las concentraciones de grandes masas de población, así como una mejor distribución poblacional del territorio español <sup>3</sup>. La solución debe pasar por dejar de ensimismarnos ante una visión del trabajo reduccionista, centrada casi exclusivamente en el sector servicios, y desarrollar con mayor potencia “los trabajos de la tierra”. De este modo podremos compensar los desequilibrios demográficos <sup>4</sup> que azotan nuestro país, pues trocear España en fronteras tan marcadas como mundo rural y mundo urbano es ridículo.

Ni los habitantes de la ciudad deberían vivir enfrentados a la naturaleza, ni el mundo rural debería ser esa zona vieja y veraniega donde la falta de trabajo, de vida en definitiva lo define. Reivindicar modelos de vida justos, lógicos, en equilibrio, supone un país más apetecible y respirable. Centrar la economía de un país en miras fundamentalmente economicistas y cortoplacistas como es el turismo y sector servicios, pone en bandeja enormes dependencias de nuestro país respecto de otros y falta de autosuficiencia del país en cuestión. Sin duda los ojos se nos abren cuando contamos el dinero que en breve tiempo genera el sector servicios, pero, qué duda cabe, olvidarnos de la riqueza de la tierra es un destrozo, también para nuestra mentalidad, porque nos hace caer en el absurdo de que el hombre se autoabastece de su propia conciencia urbanita y todo lo que suene y huela a campo nos parece paleta y tercermundista. Considero que es un gran defecto el aprecio a las construcciones ilimitadas de las ciudades, así como los constantes procesos migratorios dentro del país, que vacían las zonas rurales para concentrar desmesuradamente los núcleos urbanos. Esto afecta también al modo de entender el turismo, pues aquí la masificación –más de 80 millones de visitantes durante el año 2019- implica una colonización, en muchos casos destructora, y que en nada es respetuosa con la zona de acogida.

3.- “A partir de 2011 más del 80% de los municipios de España pierden población de forma constante”, comentará el Colegio de Geógrafos en un Manifiesto contra la despoblación en 2018.

4.- Interesante será en este sentido el diagnóstico de la Asociación de Geógrafos españoles del Colegio de Geógrafos: “...con centenares de municipios en situación al borde del despoblamiento, alrededor de dos millones de núcleos poblacionales vacíos y abandonados, y amplias zonas donde la densidad es menos a tres habitantes por kilómetro cuadrado...”.

No cabe pensar en regresar a otros tiempos, como si cualquier tiempo pasado hubiese sido mejor, ni en retornar al neolítico, ni mucho menos. ¿Por qué empeñarnos en concentrar masas de gente en unos pocos núcleos urbanos, debilitando cada vez más las zonas rurales?

Creo que entender que comprendemos mejor el mundo que habitamos en cercanía con la tierra, con los bosques y los animales, nos pone en presencia de un ritmo de vida acorde con ciclos de vida más auténticos y constitutivos de la vida misma, así como con una pluralidad de relaciones que romperían, siguiendo a H. Marcuse, con una *unidimensional* forma de vida.

Esto significaría, acercarse lo más posible a las cosas tal y como son, a los ciclos de vida de la autenticidad, frente a los modos de vida derivados en religión cuando se convierten en excesivamente culturales, en excesivamente ocultadores de las raíces del hombre con el medio natural que le rodea y del que no puede desligarse por completo.

No quiero caer en un escrito moralista, pero sí, por qué no, en un escrito terapéutico, pues disfrutar de los paisajes –los paisajes que nunca nos engañan-, de los elementos primigenios, como ese fuego reconfortante, los sonidos bulliciosos de los ríos, o las peleas de las aves por alcanzar su comida..., nos aleja de artificios tan necesarios como peligrosos y nos acerca a presencias que de otro modo dejan de ser vivencias para pasar a ser literatura u obras de museo.

La buena solución creo que pasa por reivindicar el sector primario, fomentándolo y haciéndolo atractivo para crear el suelo necesario en otras poblaciones que impidan la salida de sus habitantes en busca de oportunidades <sup>5</sup>.

Tal es el trasfondo de significatividad que atraviesa la obra poética del poeta Antonio Colinas en su defensa nada neutral de un aprecio a otras formas de vida. Tal aprecio consiste en acercarnos a la Naturaleza, vivir gozando de los paisajes naturales, de nuestra capacidad para asombrarnos de los misterios de la vida, como “queriendo dejar hacer” a los árboles, las rocas, las aves, sin imposición ni violencia. Sin captura, en definitiva. No de otro modo se nos ocurre impedir que la tecnología y el entretenimiento se convierta en religión, en una absorción plena del habitar del hombre occidental, que pierde su norte cuando deja de plantearse la necesidad de vivir conjuntamente con otras formas de vida.

5.-Entre las aportaciones que plantean estas regiones destaca, por ejemplo, la intención de que desde los gobiernos se implementen medidas “que consigan fijar población en entornos rurales y afectados por la despoblación y el envejecimiento, y que vayan más allá de operaciones temporales, para conseguir arraigar usos, costumbres y tendencias que aseguren una conservación a medio plazo y un crecimiento a largo plazo”, Asociación de Geógrafos españoles, 2018, Valladolid.

Cuando considera a la Naturaleza de una forma mecánica. Dando la espalda a la naturaleza estamos generando modelos de vida monstruosos <sup>6</sup>, demasiado centrados en los aspectos culturales del hombre y alejados del papel importante que la naturaleza cumple en nuestras vidas.

Favorecer las riquezas de la agricultura y ganadería ayudan a fomentar un habitar más enraizado, pues permite a las personas custodiar la vida misma, nuestros nutrientes básicos, así como poner en segundo orden las construcciones humanas que, aun siendo necesarias, tienen ese poder embaucador, encandilador, de dejar las restantes formas de vida ocultas, casi sin huellas ni pistas para descubrirlas. La técnica y la tecnología deben estar al servicio de la consideración del hombre, la antropología en su profunda dimensión humana y natural y no según la consideración de entender al hombre como aislado de otras formas de vida y ensimismado en lo suyo. Leamos el siguiente poema de Antonio Colinas, que nos parece oportuno traer a colación como ejemplo de una visión de la vida amigable y respetuosa con otras formas de vida, a las que admira y se debe:

#### **CANTO XXXV**

*Me he sentado en el centro del bosque a respirar.*

*He respirado al lado del mar fuego de luz.*

*Lento respira el mundo en mi respiración.*

*En la noche respiro la noche de la noche.*

*Respira el labio en labio el aire enamorado.*

*Boca puesta en la boca cerrada de secretos,*

*respiro con la sabia de los troncos talados,*

*y, como roca voy respirando el silencio*

*y, como las raíces negras, respiro azul*

*arriba en los ramajes de verdor rumoroso.*

6.-Ejemplo evidente de este trato destructor hacia la Naturaleza lo observamos en la aparición del covid-19. Tomamos las palabras de Luis Suárez, coordinador de conservación de WWF España: nuestro impacto en el medio ambiente, el cual se refleja en “la explotación de las especies, la reducción de sus ecosistemas y los hábitos de alimentación poco higiénicos, [...] la pérdida de la diversidad...France 24, 17/04/2020.

*Me he sentado a sentir cómo pasa en el cauce  
sombrió de mis venas toda la luz del mundo.  
Y yo era un gran sol de luz que respiraba.  
Pulmón el firmamento contenido en mi pecho  
que inspira la luz y espira la sombra,  
que recibe el día y desprende la noche,  
que inspira la vida y espira la muerte.  
Inspirar, espirar, respirar: la fusión  
de contrarios, el círculo de perfecta consciencia.  
Ebriedad de sentirse invadido por algo  
sin color ni sustancia, y verse derrotado,  
en un mundo visible, por esencia invisible.  
Me he sentado en el centro del bosque a respirar.  
Me he sentado en el centro del mundo a respirar.  
Dormía sin soñar, mas soñaba profundo  
y, al despertar, mis labios musitaban despacio  
en la luz del aroma: «Aquel que lo conoce  
se ha callado y quien habla ya no lo ha conocido»<sup>7</sup>.*

B) Antonio Colinas nos presenta en uno de sus poemas, “La ofrenda silenciosa”<sup>8</sup>, la imagen de un monje silencioso, rodeado de sombras producidas por la luz tenue de una vela y su llamita. Es, podríamos decir, un místico centrado en la fe y desinteresado en el uso de la razón. Sus ropajes y su actitud corporal le mantienen en una frugalidad extrema, casi diríamos que caminando en el fino alambre que separa a un lado la vida y al otro la muerte.

7.- Poema incluido en el poemario, “Noche más allá de la noche”.

8.- Poema extraído del poemario, “Desiertos de la luz”.

Su soledad es manifiesta. Sus distracciones casi nulas. Vive dichoso en su completa inmersión en el rezo hacia el Dios. Para dicho monje, vivir confinado es una decisión voluntaria. El confinamiento para él es sinónimo de plenitud, más allá de las sensaciones y más allá de las subidas y bajadas de ánimo. La atmósfera del poema rezuma constancia y sacrificio recorriendo los enormes muros de piedra que le rodean. No quiero quedarme en la literalidad del poema, sino con los sentidos que evoca. Como dirá Hans Ulrich Gumbrecht, nos interesa lo que nos pueda decir el poema hoy día respecto a lo que emane con respecto al sentir, a sus olores y la atmósfera que evoca. Y en este aspecto, el monje del poema “La ofrenda silenciosa”, de Antonio Colinas, no lo clasificaríamos como ejemplo de un atomismo individualista <sup>9</sup>, ni mucho menos. Sí como llevando una vida de satisfacción personal de quien deja de lado algo para sacrificarse con toda la fuerza de su alma, en hacer otra cosa. Pues bien, ahí queremos llegar refiriéndonos a la época del confinamiento que nos ha tocado vivir.

Somos sociables, qué duda cabe, pero queremos resaltar que, así como desde el punto de vista económico, aquellos habitantes que llevaban una vida más autárquica, arraigada en la tierra, han podido ver menos mermada su capacidad de superar los problemas; así también, quienes han tenido que confinarse con una “espiritualidad” (me refiero al término en sentido amplio, no específicamente eclesiástico) quebrada, han soportado y soportan con mayor penuria estos momentos de desasosiego que vivimos. Por esto, no hay que olvidar aquellas voces, tan ilustradas como clásicas, que reivindicaban la búsqueda del sonido interior, o del silencio, del aguantarse consigo mismo y dedicarse a actividades que no solo apuntan al entretenimiento, sino también a la búsqueda del aprendizaje y conocimiento. El hombre occidental de hoy, a veces, no quiere parecerse a nuestro místico del poema ni por minutos; necesita saberse conectado a las redes sociales, gustado.

Creo en este sentido que toda educación formal que no vaya en la línea “desocupar al ciudadano” para permitirle el lujo de escuchar sus pensamientos, mantenerse en escucha con otros pensamientos mediante, por ejemplo, como dirá Emilio Lledó, el lenguaje silencioso de la escritura, es una educación amputada. Tenemos que aspirar a dedicarnos a nosotros mismos, con la misma fuerza publicitaria que nos invitan a cuidar nuestro físico y nuestra dieta. Este hábito virtuoso, sin duda, no tenemos que alcanzarlo exclusivamente a través de una vida monástica, pero sí aspirar a la vida del místico quien, sin perderse en las novedades tecnológicas, vive plenamente alimentando lo que más “desea”, sin caer en el ocio del consumismo. No es una ruptura del mundo, sino todo lo contrario, “es agarrarse a él”. ¿No será a veces una gran desventaja para tal enriquecimiento personal las excesivas horas de trabajo?

C) Este último punto que voy a tratar es el de las relaciones afectivas comunitarias. Vamos dirigidos hacia un individualismo social. Ahora lo vemos como el cristal: cada uno en su casa conectado por las redes telefónicas sin poder tocarse. Poco de comunitario ha crecido en las grandes ciudades.

9.- Mi postura se acercaría más a una síntesis de la defensa de la pluralidad de los individuos y el respeto a sus diferencias, a la par que quiere reivindicar la necesidad de la comunidad como idoneidad antropológica más ajustable a la defensa de la vida de las personas. En este sentido, aceptaría la postura de Charles Taylor: ni holismo ni atomismo.

Todo lo contrario, el atomismo va ganando la batalla: un cuerpo para un piso, o, a lo sumo, un núcleo familiar –de no más, en general de tres habitantes- bajo un mismo techo. Cuando uno viaja cerca, muy cerca de las grandes urbes, se da cuenta de que otro estilo de vida tuvimos en nuestras manos, lo disfrutamos y dejamos escapar. Me refiero a la vida de los pueblos. Hay que buscar vínculos comunitarios, cercanías entre los familiares para potenciar relaciones afectivas, acercándonos a una vida que, sino para todos, sí, al menos, que pueda ser una elección posible, potencialmente elegible. Tales vínculos son como “la pescadilla que se muerde la cola”, pues permiten crear el arraigo necesario a la par que estrechar las relaciones comunitarias. Tal vida virtuosa ha sido motivo de envidia para los ciudadanos atrapados en sus pequeños muros.

Hemos podido presenciar en tiempos del virus del *Covid-19*, el aislamiento tan grave al que estamos llegando en las grandes ciudades. Parece que estamos en un camino sin retorno en lo que se refiere a la separación de las familias en torno a un hogar. Difícil, sino imposible, ya es vivir cerca de nuestros mayores, porque las ciudades ofrecen nuevas oportunidades, porque regresar a los lugares donde viven nuestros padres resulta inviable, porque los pisos cada vez más caros han dejado como piezas de museo a las casas de antaño, grandes, con sus patios, sus despensas. La consecuencia es el aumento de una legión de ciudadanos que habitan solos en sus pisos, o van siendo relegados a las residencias específicas para su cuidado cuando somos ancianos. Poco a poco, encaminados a ser los protagonistas de un cuadro de Edward Hopper.

Los pisos de las grandes ciudades no son construidos para cobijar a mucha gente. Los horarios de los trabajos pierden el referente del cuidado de la familia, se hacen interminables, contrarios completamente al cuidado de los otros. Los suelos de las urbes escasean. Las relaciones afectivas –que nos hacen, nos constituyen- pareciera que sobran para las empresas; es como si lo mejor fuera vivir aislado, sin responsabilidades familiares, como los guardianes de Platón: que no tengan cargas emocionales para así estar dispuesto en cuerpo y alma a darlo todo por la patria, sin distracciones ni sentimentalismos.

¿Qué significaba vivir en un ambiente comunitario? Sin duda, la familia y las relaciones de afectividad cobraban un sentido especial, el trabajo no perdía su referente grupal y nadie estorbaba porque había brazos suficientes para solidarizarse con quien lo necesitara. Hoy día la separación espacial obliga a que las decisiones se individualicen, generándose una atmósfera propicia para la defensa de hábitos de vida individualista, para alardear de la genuina y caprichosa forma de vivir de unos u otros. Pero, en fin, cuando la salud y la economía están del lado de uno, todos los miembros de la familia parecieran sobrar o resultar innecesarios, pero ¡ay cuando los palos llegan! y las cosas vienen mal dadas, entonces las fallas en nuestras vidas occidentales se abren con una facilidad evidente y solucionar los problemas puede ser un imposible. Falta de afectividad, hastío y en definitiva *hiperreflexividad*<sup>10</sup> –dirá el psicólogo Marino Pérez-, es decir, demasiado pre-ocupados en el “yo”, generan tal cantidad de problemas psicológicos, depresivos, que hacen de nuestra forma de vida actual, el caldo de cultivo para la quiebra del individuo.

10.- Con “hiperreflexividad”, Marino Pérez quiere diagnosticar la psicología individualista en la época que vivimos, esto es, caracterizada por su exceso de yoismo y de ensimismamiento del sujeto. Un subjetivismo radical por exceso de pensamiento en uno mismo.

¿Cuál será nuestro límite?, ¿buscar ofertas, como en Japón, en una empresa dedicada a dar abrazos a los clientes afectivamente necesitados, alquilar abuelitas? ¿Buscar un novio o novia simulado, en una empresa de servicios por internet, para vivir la experiencia que significa tocar la mano de otra persona, acariciar su pelo, compartir un helado?

¿Tener un hijo o hija a sabiendas de que el mercado dejará a unos padres desarraigados, impidiéndoles disfrutar del crecimiento de su fruto?, pues se irá, como si se marchara a una especie de servicio militar sin retorno, a darlo “todo por la patria”, porque lo demás ha quedado vaciado... ¿Cuál será el límite de este “experimento antropológico” que pretende ir vaciando poco a poco de toda carga afectiva y comunitaria al hombre? ¿Nos convertiremos en seres humanos más cercanos a “los replicantes” de la película Blade Runner, donde la gran diferencia entre las máquinas y los humanos estribaba en carecer de dos cosas: memoria biográfica y sentimientos? Sí, me parece un experimento antropológico dejar desnudo de afectividad, atomizado, al ciudadano en las grandes ciudades. Liberado de ataduras, deambula por la ciudad especializado en su nueva familia, la empresa. Las relaciones sociales no desaparecen –lo cual sería un imposible-, pero surgen nuevas respuestas de la persona cuando se hace efectiva la ausencia de relaciones afectivas. Surgen respuestas por parte del individuo, frágiles, vulnerables, “psicologizadas”. La tendencia es “ser carne de cañón” de conflictos psicológicos de todo tipo. Pero las consecuencias definitivas y últimas están por saberse.

Conclusión: hemos querido exponer algunas reflexiones que han estado latentes desde hace tiempo y que quizás con los ojos rojos de la urgencia y del dolor actual, puedan encontrar en un futuro próximo, la presencia necesaria para un mundo más justo y saludable.

10-. “La hiperreflexividad, entendida como autoconciencia intensificada en la que el sujeto se desvincula de las formas normales de implicación con la naturaleza y la sociedad tomándose a sí mismo como su propio objeto, se propone aquí como condición de los trastornos mentales, sin la cual éstos no existirían”, Marino Pérez Álvarez.

#### Bibliografía:

Colinas, A. (2004). Noche más allá de la noche, Valladolid: Fundación Jorge Guillén.

Colinas, A. (2008). Desiertos de la luz, Salamanca: Tusquets.

García Caladín, J. (2010). Isegoría, nº 42, enero-junio, 199-213.

VVAA. (2018), Manifiesto “abordar el reto demográfico, hacer frente a la despoblación”, Asociación de geógrafos españoles. Valladolid: Colegio de Geógrafos.

Pérez Álvarez, M. (2008). Psicothema, Vol. 20, nº 2, pp. 181-187.

Ramiro Guardia Esteso, profesor de Enseñanza Secundaria, 14 de mayo, 2020.

ramiroguardia3@yahoo.es